

PRESENTACIÓN HECHA EN LA LIBRERÍA CERVANTES DE OVIEDO POR RICARDO

MENÉNDEZ SALMÓN, TB. ESCRITOR

HISTORIA DEL REY TRANSPARENTE, DE ROSA MONTERO

Es posible que no descubra ningún mediterráneo si afirmo que toda novela admite, cuando menos, dos niveles de lectura: uno, el más inmediato, es el que permanece en lo que la novela cuenta, en la peripecia, en el suceder de la acción; otro, quizás menos obvio, es el que hace dialogar al tiempo actual, el tiempo de quien escribe y lee, con el tiempo de la ficción, el tiempo en que el relato acaece. Ese es el motivo de que, por ejemplo, *Los idus de marzo* de Thornton Wilder, obra escrita en 1948, pueda ser leída como un retrato psicológico de Julio César, acaso el primer dictador a quien reclamamos como propio, pero también como una reflexión acerca de los riesgos y tentaciones del fascismo, recién derrotado en la Segunda Guerra Mundial.

No quiero, sin embargo, sugerir que debemos privilegiar un nivel de lectura respecto al otro. De hecho, sumergirse con excesivo afán en la búsqueda de relaciones entre lo que sucede en la obra y lo que sucede en nuestro mundo real, puede conducir a que no disfrutemos del núcleo de toda gran novela: el placer de la ficción.

Prevenidos contra semejante hermenéutica, me atreveré, no obstante, a indagar en este nivel de lectura, aunque sea de forma breve, para luego centrarme en el relato desnudo que configura esta *Historia del rey transparente*.

Estoy convencido de que vivimos tiempos oscuros. Digo esto sin ninguna intención apocalíptica. Creo que la realidad se ha vuelto clandestina. Creo que el lenguaje, aquello que nos permite aprehender el mundo, ha perdido su adherencia, se ha vuelto simulacro, sombra en la caverna, burda propaganda. Creo que estamos rodeados

de grandes palabras gastadas por el uso. Decimos *libertad* como quien reza un padrenuestro; decimos *justicia* como quien cuenta ovejas; decimos *democracia* como quien mastica comida.

Nyneve, uno de los más inolvidables caracteres de *Historia del rey transparente*, advierte en un momento de la novela:

«Debemos ser respetuosos con las palabras, porque son la vasija que nos da la forma. Los tiempos crueles son siempre tiempos mentirosos y viven preñados de palabras malas. El hacha del verdugo no cortaría y la hoguera de la intolerancia no quemaría si no estuvieran sustentadas por palabras falsas. Ya lo dice la Biblia: al principio fue el Verbo. Es la palabra lo que nos hace humanos, lo que nos diferencia de los otros animales. El alma está en la boca. Pero, para nuestra desgracia, los humanos ya no respetan lo que dicen.»

También los tiempos en que transcurre *Historia del rey transparente* son, hasta cierto punto, oscuros. Ninguna época como el Medievo ha sido tan vilipendiada por la tradición occidental. Es como si desde Agustín de Hipona hasta Piero della Francesca el tiempo se hubiera suspendido, detenido en el dedo índice de algún ominoso pantocrátor. Hoy, sin embargo, gracias a estetas como John Ruskin, a sabios como Jacques Le Goff y Georges Duby, o a estudiosos de la filosofía como Etienne Gilson, sabemos que ésa es una visión reduccionista. La Historia, como la naturaleza, no admite saltos. No existen catástrofes en el devenir histórico. Las revoluciones, sean copernicanas o bolcheviques, se preparan con lentitud. Y en los primeros siglos del segundo milenio cristiano alumbran ya los ingredientes que darán paso a la explosión del Renacimiento: el gusto

por la belleza, la tentación del lujo, el nacimiento de las universidades, la consolidación del concepto de ciudad y, sobre todo, la estelar aparición del sujeto, el gran invento de la modernidad.

Este murmullo de la Historia lo pone Rosa Montero en boca de la reina Leonor de Aquitania a través de una imagen muy bella:

«Los artistas pintan escenas en las que puedes ver el aire detrás de las figuras. Perspectiva, me dicen que se llama. Perspectiva... ¿Sabéis qué significa? Que las escenas se representan como observadas desde el punto de vista de un solo individuo.»

A veces, como parte que soy de un mundo en que el pensamiento parece haber desistido, en que se habla de la literatura del agotamiento y del final de los grandes relatos, tengo la sensación de que el aire que existe a mis espaldas se ha volatilizado, de que, como a la figura de un bajorrelieve egipcio, mi perspectiva se ha convertido en ese ojo único de Akenaton que, desesperadamente, intenta mirar hacia todos los lados, pero sólo consigue hacerlo en una dirección: una dirección dictada de antemano, concertada entre unos pocos, auspiciada por temibles mentores. Quién sabe, quizás leyendo libros como éste consigamos reinventar la mirada.

No quiero extenderme en esta lectura de segundo grado de la novela. He puesto sólo dos ejemplos para ilustrar la riqueza que, en ese sentido, esconde la narración. Queda en manos de la elocuencia del lector descubrir otros paralelismos. Lo que ahora deseo es detenerme en lo que sucede en la novela, en eso que antes llamé el nivel más inmediato de lectura.

Desde este punto de vista, *Historia del rey transparente* no es tanto una novela histórica cuanto una novela de aventuras, una novela épica con caracteres fantásticos.

Roland Barthes dedicó buena parte de su talento a analizar la primera frase de *En busca del tiempo perdido*, la célebre «Mucho tiempo he estado acostándome temprano.» Su tesis era que todo Proust (la vida de la memoria, la enfermedad como *consolatio*, la escritura como oráculo del deseo y de la experiencia) estaba contenido en aquella frase. También la *Historia del rey transparente* cabe en sus primeras frases, unas frases irresistibles:

«Soy mujer y escribo. Soy plebeya y sé leer. Nací sierva y soy libre. He visto en mi vida cosas maravillosas. He hecho en mi vida cosas maravillosas. Durante algún tiempo, el mundo fue un milagro. Luego regresó la oscuridad.»

En efecto, la novela en su conjunto late ahí. Leola («soy mujer») nos relata («escribo») quién fue («soy plebeya», «nacé sierva») y en qué se ha convertido («sé leer», «soy libre»). Sus ojos («he visto en mi vida cosas maravillosas»), el resto de su cuerpo y su conciencia («he hecho en mi vida cosas maravillosas») son los instrumentos que nos guían por una esperanza («durante algún tiempo, el mundo fue un milagro») y por una evidencia dolorosa («luego regresó la oscuridad»).

Es muy difícil, en el breve tiempo de una presentación, condensar todo lo que sucede en esta novela. Además, un resumen sería improcedente e incluso poco correcto con el lector, pero no me resisto a enumerar algunos de los sucesos que descubrirá en estas páginas. Los cito sin orden ni concierto, tal y como acuden a mi memoria: un esclavo que lleva un fragmento de la *Ilíada* tatuado en su cuerpo, un dragón que

propone acertijos, un castillo sobre el que siempre llueve, un trampantojo portátil de la isla de Avalon, dos señores feudales empeñados en una lucha agonística que sólo se suspende durante los días en que hace mal tiempo, una mujer que mastica rosas, otra que menstrua dentro de una armadura, una tercera que es dueña de una cicatriz cambiante, un hombre que busca la piedra filosofal, otro que quema vivo a un siervo en una chimenea sosteniéndole en vilo con un brazo que también se quema, un inquisidor lujurioso, los cátaros, Ricardo Corazón de León mortificado por su homosexualidad, montañas horadadas, niños cruzados camino de Jerusalén, Eloísa enamorada, vieja y resentida, un baúl con libros prohibidos, una capa envenenada, una enciclopedia de palabras hermosas, gigantes, enanas, muchas hogueras, un caballero que, como el viejo Sócrates, comprende que la vida no consiste en otra cosa que en un aprendizaje para saber morir...

Continuar se me antoja vano. Sólo la lectura de esta novela deliciosa (no se me ocurre mejor palabra para definirla) es gratificante. Hablar de ella, explicarla, condena sin remedio su excelencia. Porque a esta novela le sucede lo que a los libros que un día nos abrieron las puertas de la literatura: que es, paradójicamente, inenarrable.

Sí quisiera, antes de terminar, aludir a dos aspectos que me parecen esenciales. El primero de ellos es especialmente interesante para los escritores, pues tiene más que ver con el trabajo del maestro en su taller que con otra cosa; el segundo, sin embargo, sospecho que nos compromete a todos.

Uno de los hallazgos de esta novela es la voz de su narradora, Leola. Tengo para mí, como escritor que soy, que nada pudo resultarle tan difícil a Rosa Montero como levantar primero y sostener después esa voz de Leola, una voz que jamás descansa, una voz que es nuestra vista, nuestro gusto, nuestro olfato, nuestro tacto, nuestro oído, nuestro pensamiento y nuestra emoción. Esa voz, por sí sola, vale más que cualquier

elogio que yo pueda hacer aquí, y tengo la certeza de que, para lograrla, para ser Leola, para, como decía Eduardo Mallea, «convertir la historia en mundo personal», Rosa Montero habrá tenido que recorrer muchas estaciones, tantas como libros ha escrito hasta llegar a este personaje prodigioso. En realidad, *Historia del rey transparente* es una magnífica demostración de una verdad que se le revela siempre al escritor, aunque no siempre al lector: los libros en apariencia sencillos son los más difíciles de escribir. Basta leer una página de Stendhal, una página de Dostoievski o, en nuestros tiempos, una página de Coetzee para entender lo que quiero decir.

La segunda consideración es más universal. La única revolución incruenta del malhadado siglo XX, la única que, a día de hoy, todos podríamos abrazar sin escrúpulo y sin mancharnos las manos, fue la revolución feminista, la revolución pensada y vivida por las mujeres. La prueba de que esa revolución no buscaba el poder, sino la justicia, es que todavía hoy no ha terminado. *Feminista* es otra de esas palabras cuyo uso ha sido contaminado, de forma interesada, hasta la raíz. Porque el feminismo, históricamente, no es más que la lucha por una causa tan digna como perogrullesca: la igualdad, en tanto que individuos, entre hombres y mujeres. Esta novela es un preciso y precioso canto a esa igualdad. En ese sentido, me atrevo a proponerle a Leola una última palabra para cerrar su enciclopedia. Esa palabra es *tolerancia*, una palabra laica que, por desgracia, falta todavía en muchas bocas.

GIJÓN, 2005